



Sabina

Berman El dios de  
Darwin

DESTINO

# El dios de Darwin

Sabina  
Berman

Ediciones Destino  
Colección Áncora y Delfín  
Volumen 1281

# I

Fuera de las palabras hay un lugar interminable. Se llama Realidad.

Ahí empieza nuestra 1.<sup>a</sup> historia.

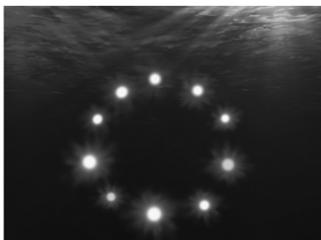
En altamar, con el sol blanco en su cenit, en una expansión de cielo y agua, sin otra interrupción que la mínima de un pequeño barco solitario.

O los repentinos y sucesivos saltos de una tribu de delfines.

O el pausado paso de una bandada de fragatas que vuela en formación en V.

Ahí empieza nuestra 1.<sup>a</sup> historia, aunque de cierto algunos metros bajo el ras del mar: en el agua azul oscura, donde unas motas luminosas se organizan en un círculo.

Y vibran.



—¡Oh!

Ésa es la 1.<sup>a</sup> palabra que suena ante las motas luminosas.

¿Cómo sé que es la 1.<sup>a</sup> palabra?

Porque ningún mamífero hablador ha visto esas motas luminosas antes que Yo.

Y eso lo sé porque hace 5 años no existía el traje de buzo que uso Yo, enteramente de látex y recubierto de una lámina de asbesto. El cristal templado del visor a través del cual las miro. Los 2 cilindros hiperligeros que llevo a la espalda, uno de oxígeno, el otro un motor propulsor.

El equipo que me permite haber llegado al hábitat de agua azul oscura de lo que por lo pronto nombro, en un murmullo que forma burbujas alrededor de mi visor:

—Luciérnagas submarinas.

Extiendo la mano enguantada en látex y las motas rodean mi muñeca.

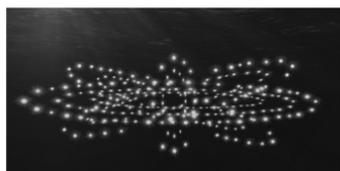
Y de inmediato se fugan en desbandada hacia la izquierda, donde una tras otra van apagándose y desapareciendo.

Despacio, flotando en el agua oscura, pienso en Edward O. Willis y su Enciclopedia de la Vida.

Edward O. Willis pretende catalogar en su enciclopedia digital todos los seres vivos del planeta.

Por ahora el archivo, el más amplio de la Historia, contiene 1 millón 200 mil especies catalogadas. En realidad una porción pequeña de las especies que habitan en el planeta: algo así como el 20 % de las especies existentes, según el cálculo del mismo doctor Edward O. Willis.

Y Yo, que he contribuido ya a la Enciclopedia de la Vida con 3 especies nuevas, aleteo, horizontal, tras la 4.<sup>a</sup> especie que lleve mi nombre.



15 metros adelante se iluminan otra vez a mi alrededor: ahora es una nube de luciérnagas dispuestas en círculos amplios. Posiblemente el movimiento abrupto del agua, que al acercarme a ellas he desplazado, las ha reencendido.

Tomo entre los dedos anular e índice una mota de luz y susurro:

—Perdón porque te saco de tu mundo.

Y la guardo en mi boca, entre la encía y la pared bucal, donde mi saliva la mantendrá húmeda cuando Yo emerja al aire.

Entonces tomo el camino vertical para ascender al agua más clara.

Prendo el cilindro del motor propulsor que cargo a la espalda y puedo ascender despacio, sin ale-

tear y sin cansarme, y sin forzar a mis pulmones a expandirse demasiado aprisa.

Por fin paso por la cuadrícula de barrotes de la jaula de mis atunes.

Una cuadrícula armada no para mantener presos a mis atunes, sino para impedir que los depredadores los maten: por ella puede pasar un cardumen de macarelas o una tribu de sardinas filosas, una mantarraya o un buzo como Yo, pero no un animal más grande, digamos un tiburón asesino o una ballena.

Adoro a mis atunes en buena medida porque ellos me adoran a mí.

Plateados, se acercan a mí mientras sigo ascendiendo despacio. Yo se acercan.

20.

40.

Para darme la bienvenida a media jaula.

60, 120 atunes plateados se reúnen a mi alrededor mientras sigo ascendiendo, y ellos ascienden a mis costados.

El doctor E. O. Willis me regaló esta metáfora para describir el amor de mis atunes:

—Es el efecto estrella de rock —dijo.

—¿Perdón? —dije—. No entiendo.

Explicó:

—Es el afecto de los fanáticos por una estrella de rock.

Y cuando le contesté irritada que todavía no entendía, dijo:

—Ah sí, señorita Capacidades Especiales, contigo no hay que usar metáforas.

Es cierto: Yo vivo en el mundo de las cosas, y las palabras me resultan dificultosas porque interrumpen mi percepción de las cosas. Ya las metáforas, 2 grados alejadas de lo real, me son insoportables.

E. O. Willis tecleó unas palabras en una tableta digital y me mostró en la pantalla la fotografía de una multitud de *Homo sapiens* con los brazos alargados hacia otro simio también con los brazos abiertos y con cara de gloria.

—Una estrella de rock —dijo Willis—. Ahora sustituye a las personas que rodean al cantante por atunes.

Fruncí el ceño y me concentré. Y después de medio minuto exclamé:

—¡Lo veo!

La metáfora se había transparentado y era exacta.

Así la tribu de mis atunes me rodeó y los más cercanos metieron sus testas bajo mis sobacos para elevarme durante el último tramo de la jaula hacia la cuadrícula superior, donde mi cabeza rompió la superficie del mar y emergió al aire.

El mar estaba liso y plateado, en la distancia brillaba mi barco de acero, y en el cielo aún claro se distinguía la luna, una pelota blanca con abolladuras de sombra.

La 2.<sup>a</sup> historia de este libro se inicia también fuera de las palabras.

En 2 sollozos.

Escribo esta historia en 3.<sup>a</sup> persona porque Yo no la viví, me fue narrada.

Inicia con 2 sollozos que emiten 2 cuerpos humanos tumbados y empiernados en una cama de sábanas blancas, cuyas 2 bocas se encuentran impedidas de ejecutar la actividad predilecta de los humanos neurotípicos —hablar— porque están ocupadas en una intensa actividad bucal: intercambiar saliva y lenguas, y por momentos sollozar.

A un lado de la cama de los amantes, en la mesa de buró, en un cenicero, hay un cigarrito de marihuana humeando y un vaso con whisky con 3 hielos pequeños, que el calor ha licuado.

Y un pene entra en un ano.

Esta precisión —un pene entra en un ano— es importante en esta historia: de hecho habrá un momento en que se vuelva decisiva. Alguien incluso juzgará que ese aro de músculos se ha convertido en

el centro mismo del Universo, y tendrá razón. En esta historia el ano penetrado por el pene se habrá convertido en el centro del Universo.

En el ventanal se ve una ciudad de rascacielos de cristal, dorados en esa tarde de cielo amarillo, y entre los rascacielos se distingue uno más alto, igual dorado por el sol esa tarde. La Torre lo llaman. 165 pisos de cristal y acero.

La torre más alta del planeta en el momento en que sucede esta historia.